

BV 43

C6

V.6

LIBRERIA

INSTRUCCIONES PARA

Se hallará esta obra en Madrid en la Librería de Frances, calle de las Carretas; y de Roquel en la de los Preciados: en Sevilla en la de Caro: en Cádiz en la de Pajares: en Granada en la de Colon: en Valencia en la de Rios: en Zaragoza en la de Monge: en Burgos en la de Heróias: en Salamanca en la de Barco; y en Barcelona en la de Sierra.



FONDO ECUMENICO
VALVERDE Y TELLEZ
132888

INSTRUCIONES DE...
LIBRERIA...

DOMINGO XV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GÁLATAS.
cap. 5. v. 25. 26. y cap. 6. v. 1. 10.

Hermanos: Si vivimos por espíritu, andemos tambien por espíritu. No seamos codiciosos de vana gloria, irritándonos los unos á los otros, envidiándonos los unos á los otros. Hermanos, si alguno como hombre fuere sorprendido en algun delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas tambien tentado. Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumplireis la Ley de Christo. Porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Mas pruebe ca-

008533

4 *Domingo XV.*
da uno su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro. Porque cada qual llevará su carga. Y el que es doctrinado en la palabra, comuniqué en todos los bienes al que le doctrina. No queráis errar: Dios no puede ser burlado. Porque aquello que sembrare el hombre, eso también segará. Y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupción: mas el que siembra en el Espíritu, del espíritu segará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer bien: porque á su tiempo segaremos, si no desfallecemos. Y así mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fé.

INSTRUCCION.

En la Epístola de este día habla el Apóstol San Pablo, segun que le habia enseñado la experiencia adquirida en el exercicio de su ministerio; y si se explica de esta manera en un tiempo en

despues de Pentecostes. 5
que la fé y la caridad mantenian la sencillez de las costumbres, y en que eran comun la union fraterna, ¿qué diria, hermanos míos, si fuese como nosotros el testigo de tantos daños como causa el orgullo, de todas las querellas que se suscitan en el interior de vuestras casas; de todas las palabras indiscretas de que os servís para despedazaros los unos á los otros; de la poca ó ninguna sensibilidad en las desgracias y aflicciones del próximo; de la falta de equidad en los juicios, y en una palabra de tantos desórdenes como reynan entre vosotros? Ya no bastan, simples instrucciones, se necesitan castigos y amenazas si se ha de sacar algún partido.

¿Pero tendrán algun valor mis palabras, careciendo de las virtudes, y de la autoridad del Apóstol para reformar los abusos de que soy testigo? ¿Producirá algun fruto esta instruccion? No me lisongeo, hermanos míos, de poder corregir todos los vicios que reynan entre los Christianos; pero á lo ménos, si Dios se digna derramar la unción sobre mis palabras, espero que podré disminuirlos, y por tanto pedidle que me co-

múnique sus auxilios, y prestadme atención.

La instruccion que nos da hoy el Apóstol, es como la consecuencia de todas las que daba á los Gálatas, y que la Iglesia ha expuesto á nuestra consideracion el Domingo pasado. En aquella Epístola compara las obras de la carne con los frutos del espíritu, y hoy hace esta comparacion mucho mas sensible, mostrándonos las cosas que se oponen mas á la caridad que es el verdadero carácter y el verdadero espíritu de los hijos de Dios. Por tanto, y para dar á conocer el mal en su raiz, después de habernos dicho si vivimos por espíritu, andemos tambien por espíritu, añade: no seamos codiciosos de vanagloria, irritándonos los unos á los otros, envidiándonos los unos á los otros, como si dixese: ántes de hablar depongamos todo el amor propio, porque este amor es la causa de los desórdenes que reynan en la sociedad, y singularmente de aquellos que el Apóstol nos va hoy á designar.

El amor de la vanagloria es la causa de la oposicion que reyna entre nosotros y de las disputas escandalosas que

se suscitan sobre una palabra de poca monta, ó sobre una materia tal vez indiferente, en las quales no se reparan ni los términos, ni las invectivas, ni las amenazas, resultando frecuentemente enemistades, resentimientos y antipatías, que por lo regular no tienen fin. Sí, el amor propio es la causa de todos estos desórdenes. El es quien dicta ese orgullo que nos hace despreciar á todos los inferiores: él es quien mantiene esa fatua firmeza de carácter que ostentamos para cohonestar nuestra soberbia, y no ceder de nuestros caprichos: él es el que pone en nuestra boca esas palabras y esos gritos indecentes y escandalosos, que sin remediar los males que pretendemos corregir, son causa de perder la opinion entre las personas que nos oyen. Confieso, hermanos míos, que aunque se renueva este abuso sin cesar en el interior de vuestras casas, me parece siempre inconcebible. En efecto, no es posible llegar á conocer como por una palabra que no merece atención, y que en realidad debiera disimularse ó despreciarse, se suscitan entre los esposos, entre los padres y los hijos, y entre los hijos mis-

mos disensiones y contiendas que no podemos dirimir á pesar de toda la prudencia imaginable y de los motivos mas poderosos de la religion. ¿Pensais que en estos casos bastará conciliar la paz persuadiendo á unos y á otros las ventajas que ella nos procura, y los males que traen consigo semejantes desórdenes? ¿No se rompe todo el respeto que debe reynar entre las familias? ¿no atropellan por todo para echarse en cara sus defectos recíprocos? ¿Se guarda algun pudor, alguna modestia? ¿No se pasa muchas veces á las manos, y se cometen delitos que horrorizan á la naturaleza misma? La imprudencia de los padres y de los mayores, ¿no es la causa de que los hijos y los inferiores los falten á la obediencia y al decoro que se les debe, y de que incurran en delitos que tal vez no hubieran cometido? ¿Tendrán que responder en el tribunal supremo al cargo que les hará el Soberano Juez de la perdicion de unas almas, que conducidas de otra manera, y llevadas por los caminos de la piedad, de la humildad, y del buen exemplo, hubieran hecho el honor de su familia?

Pero todavía hay otro desorden que nace naturalmente de la vanagloria, y es la envidia, bien sea que este sentimiento se funde sobre ciertas preferencias y honores que se conceden al próximo, ó sobre los méritos que le distinguen de todos; ó bien que se forme dentro de nosotros mismos por la superioridad de luces y de virtud que nos imaginamos tener sobre los demas. Este vicio corroe el corazon, y quando en un principio no se reprime, sin duda es capaz de llevarnos á los últimos excesos. La envidia es el pecado del diablo, y por ella se declaró contra Dios mismo, y destruyó la subordinacion que debía la criatura á su Criador. ¿Nos admiraremos si este vicio no respeta en el seno de las familias, ni los vinculos de la sangre, ni los de la humanidad? Pero un Christiano que corresponde á su vocacion, está muy distante de la envidia. Los felices sucesos del próximo, su buena reputacion, los honores que goza, los bienes que disfruta, jamas afligen su corazon, sino que por el contrario alaba la Providencia que así ha querido derramar sus dones.

Las máximas que nos da hoy el Apóstol son muy poderosas para resistir este pecado. Si alguno como hombre, dice, fuere sorprendido en algún delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre; y tú considerate á tí mismo, no seas también tentado. No dice el Apóstol, si alguno peca, reprehéndele con aspereza, hacedle sentir su falta con reprehensiones amargas: tampoco dice, quando tu hermano peca, triunfa de su debilidad, y toma ocasion de su pecado para ensalzarte y manifestar tu autoridad y tu poder, publica sus faltas, y píntalas con los colores mas negros; y si no tienes motivos bastantes para quitarle su crédito, atribúyete intenciones y motivos si- niestros. No, hermanos míos, el Apóstol no habla de esta manera, pero vuestra conducta se rige por estas reglas; y así quando debiais disculpar á vuestro hermano, suponeis que obra siempre por malicia, y quando debiais ensalzarlo, no estudiáis mas que en los medios de deprimirlo, y propagar sus calumnias. Si cada uno se considerase á sí mismo, y viese quan expuesto es-

taba á ser también tentado, trataria con mas consideracion á su próximo, y encubriria y disculparia sus faltas. Si en efecto, se examinase á sí mismo, y quisiese hacerse justicia, no solo veria que podia ser tentado, sino que lo habia sido: no solo que era capaz de las faltas que reprehende al próximo, sino que quizá habia caído en otras mucho mayores, las cuales por ser mas ocultas, no eran ménos reprehensibles; y si la conciencia le ofrecia motivos de tranquilidad, conoceria mucho mas el peligro á que está expuesta la fragilidad humana. Entónces sondearia su corazon con aquel cuidado que le sondeará Dios en los dias de sus justicias, y encontraria el origen, no de los defectos particulares del próximo, sino de todos los desórdenes de que es capaz la humanidad.

Pero ved cómo se explica el Apóstol acerca de esta materia: llevad los unos las cargas de los otros: este es el colmo de la caridad. En efecto, traer sobre sí las faltas de sus hermanos: expiarlas en la presencia de Dios con los gemidos del corazon: implorar para ellos con fervorosas oraciones las gracias de

conversion, y sobre sí mismos las de preservacion: aydarlos con buenos consejos á romper sus cadenas, y á purificar sus pecados, animarlos con mansedumbre á correr por el camino de la penitencia y de las lágrimas; y en fin, excusarlos quando abrazan estos medios con repugnancia, son todas obligaciones que nos dicta la caridad; pero sin embargo son muy raras entre vosotros, y las mirais con demasiado abandono. No podré yo preguntaros con el Apóstol, ¿por qué causa usurpais á Dios el derecho de censurar y juzgar al próximo? Tened pues entendido que si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. ¿Qué dirémos al ver que los Santos en el momento de su muerte, y á vista de los juicios de Dios exclamaban diciendo: Señor, somos pecadores; y si vuestra misericordia no se digna mirarnos con ojos de compasion, tememos mucho que sean inútiles nuestros trabajos y penitencias!

Sí, Christianos, esta es una máxima que no debemos nunca perder de vista. Nada somos á los ojos de Dios que no ve en nosotros sino imperfecciones y miserias, y á lo mas las reliquias

de un bien que se ha dignado confiar-nos. Nada somos á los ojos de los hombres, los cuales solo nos tendrán en memoria, si hemos desempeñado las obligaciones que nos prescribe la caridad. Nada finalmente somos á nuestros propios ojos, que son los testigos diarios de nuestros pecados y de nuestra impotencia para salir de un estado tan terrible. Así, dice el Apóstol, cada uno pruebe su obra, y él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro. En efecto, si cada uno se examinase á sí mismo de la manera que examina á su hermano; si detestase sus faltas como las del próximo; si las tratase con la misma severidad con que reprime las de sus inferiores, sin duda sus inclinaciones mas dominantes cederian á un exâmen tan escrupuloso, y él se haria mas comedido y prudente.

Quando comparezcai en el tribunal de Jesu-Christo, no tendreis que responder sobre las faltas del próximo, sino ha sido inducido á ellas por vuestros exemplos, ó no las habeis favorecido y autorizado con vuestro silencio; pero respondereis directamente de

los pensamientos injustos que han agitado vuestro espíritu, de las palabras precipitadas y escandalosas que habeis proferido, de los pecados sin número que cometeis diariamente, y de tantas omisiones voluntarias en que habeis incurrido á cada paso. No perdais de vista, Christianos, esas prevaricaciones que os hacen tan culpables, porque éste sin duda será el medio mas poderoso para contener esa costumbre perniciosa de indagar y acriminar las faltas de vuestro próximo.

El Apóstol San Pablo, habiendo expuesto ya los principios generales de la caridad, trata como de paso de una obligacion de justicia, y dice: el que es doctrinado en la palabra, comuniquen en todos los bienes al que le doctrina. Esta es la primera vez, hermanos míos, que os hablo de una materia de mucha importancia; pero que sin embargo no será considerada por todos de la misma manera. El Apóstol en estas palabras indica la obligacion que tienen los fieles de mantener á sus Ministros, obligacion que en el dia se desprecia por muchos que quisieran arrancar de nuestras manos quanto poseemos, y que traba-

jasemos corporalmente para comer; pero ellos no consideran los cuidados, las vigilias y el estudio que exige la cura de sus almas, y que este trabajo merece una retribucion si se han de guardar las reglas de la justicia. Este ha sido el motivo poderoso que han tenido los fieles desde los primeros tiempos para pagar los diezmos, y primicias á los Ministros del culto; y prescindiendo ahora de si la quota que está determinada es, ó no, de institucion divina en la ley nueva, ello es cierto que se ha pagado desde los primeros siglos, aunque con alguna alteracion en varias Provincias por condescendencia y convenio de los Ministros mismos. Por tanto si baxo qualquier pretexto les defraudais estos derechos en todo, ó en parte, cometeis una injusticia enorme, y estais obligados á la restitucion si quereis salvar vuestras almas. Decis que los Ministros son avaros; pero yo diré que si cumpliessis con toda exâctitud la ley que prescribe el Apóstol de comunicar en todos los bienes al que os doctrina, no tendrian que molestaros algunas veces para exîgiros por la fuerza lo que por todos títulos les perte-

nece. Sin embargo, infelices de nosotros, si damos al pueblo de Jesu-Christo el escándalo de tratarle con dureza para exigir nuestros derechos, y si despues de tomar lo necesario para nuestra subsistencia, no imitamos la pobreza de Jesu-Christo, y nos desprendemos de toda superfluidad, acreditando que somos los discípulos de un Maestro que no tenia donde reclinar su cabeza.

Sí, Christianos, debéis poner toda la diligencia posible para cumplir con este precepto, de manera, que no acontezca que trabajando vuestro Pastor para conducir su rebaño á los buenos pastos, le falte á él su alimento. Pero tambien debéis vosotros, Ministros de Jesu-Christo, abrir vuestro corazón para todos los pobres. Si el pueblo os contribuye, es con el fin de recompensar vuestros trabajos, y excusaros otros corporales que no parecerian propios ni decentes á vuestro estado; pero no quiere por eso que aquella parte de bienes de que se desprende, se convierta en otro uso que el de vuestra precisa y moderada subsistencia, segun las reglas y la doctrina de Jesu-Christo.

to. Teneis por tanto la estrecha obligacion de repartir en el mismo pueblo aquello que os sobra; y si por desgracia no lo haceis de esta manera, y fomentais la avaricia y algunos otros vicios que deshonorarian la perfeccion y santidad á que debe aspirar un Sacerdote, cometereis tambien una injusticia enorme, y estareis obligados igualmente á responder de los clamores de los infelices, que habiéndoos hecho presente sus miserias, se han vuelto á sus casas desconsolados.

En fin, hermanos míos, considerad las siguientes palabras del Apóstol. Aquello que sembrare el hombre, eso tambien segará, y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupcion: mas el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer bien, porque á su tiempo segaremos, sino desfallecemos; y así mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fe; es decir, á aquellos que estan unidos á nosotros, con los vínculos estrechos de la caridad. Comuniquemosles nuestros bienes, no endurezcamos

nuestro corazon á la vista de sus miserias, quando tenemos para remediarlas. La caridad es inmensa como Dios; pero tambien á su semejanza se comunica mas ó ménos, segun las reglas de su sabiduría. Así no es singular en la efusion de sus bienes, ni se dexa llevar de los caprichos y miras particulares, sino que por el contrario estudia las necesidades y las personas, y no hace consistir su gloria en algunas limosnas fastuosas, miéntras que por otra parte abandona á los domésticos, que gastan su vida y su salud en los trabajos, y á los vecinos que se ven reducidos á una miseria extrema. El Christiano caritativo se dedicará particularmente á fomentar y dar auxilio á los pobres de su misma Parroquia y de su mismo barrio; y por este medio imitará con humildad á aquel Señor, que hace lucir su sol sobre los buenos y los malos, y que quiere la salvacion de todos.

Dios mio, dadnos á conocer toda la extension de estas reglas. Abrasad nuestro corazon con un rayo de vuestra caridad, y entónces se abrirá nuestro entendimiento, y se ilustrará nues-

tro espíritu. Esta caridad nos hará conocer las gracias que os debemos, y por su virtud cumpliremos vuestra ley. Ella será el origen de una paz inalterable en las familias; de una discrecion sabia y prudente en las conversaciones; de una tierna commiseracion para con los infelices; y en fin suavizará la vida del Christiano en el tiempo, y colmará su esperanza en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 7. v. II. 16.

En aquel tiempo: Aconteció que Jesus iba á una Ciudad, llamada Naim: y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre de pueblo. Y quando llegó cerca de la puerta de la Ciudad, he aquí que sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, la qual era viuda: y venia con ella mucha gente de la Ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, le dixo: no llores. Y se acercó, y tocó el féretro. Y los que

lo llevaban, se pararon. Y dixo: Mancebo, á tí digo, levántate. Y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Y tuvieron todos grande miedo, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran Propheta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado á su pueblo.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo, hermanos míos, se aprovecha de todas las circunstancias que se le presentan para instruirnos. Si consideramos el espectáculo que ofrece á su vista el aparato fúnebre que detiene sus pasos; la edad, y la qualidad del mancebo que llevaban á enterrar; el dolor y las lágrimas de una madre viuda que habia perdido un hijo único; el interés que toma en su afliccion, y el medio que escoge para consolarla; encontraremos abundantes y útiles instrucciones, bien se considere este suceso en el sentido natural y literal que

nos ofrece, ó que deduzcamos consecuencias puramente espirituales. ¡Qué lecciones, hermanos míos, tan importantes, sobre las obligaciones de la caridad christiana; sobre el uso que debemos hacer de las aflicciones de la vida, y sobre la necesidad de prepararnos para la muerte que á cada instante puede sorprehendernos, supuesto que no respeta ni la edad, ni la qualidad de las personas, y que nadie puede substraerse de su imperio. Pero si de la letra pasamos al espíritu; si en este mancebo difunto reconocemos el estado de un alma conducida por el pecado á la muerte eterna; si en esta viuda afligida miramos á la Iglesia anegada en lágrimas á la vista de los desórdenes y la pérdida de sus hijos; si en la conducta de Jesu-Christo, resucitando este difunto, consideramos la que debe tener un Ministro sabio y prudente, quando quiere trabajar con eficacia en la curacion de las almas; en una palabra, si en este hijo restituído á una madre desconsolada, descubrimos el modelo de un pecador verdaderamente convertido, y vuelto á la Iglesia que lloraba su muerte: ¿no podremos deducir las consequen-

cias mas importantes? ¿No tendremos un manantial inagotable de instrucciones? Reunamos pues todas estas verdades, y expliquemos en un corto discurso la moral que contiene el Evangelio: oidme.

El suceso de que voy á instruiros aconteció á las puertas de la Ciudad de Naim. A primera vista parece que la casualidad conduxo á Jesu Christo á este sitio; pero teniendo presente que caminando de pueblo en pueblo para instruir á las gentes, siempre dexaba en cada uno de ellos pruebas de la bondad de su corazon para que confirmasen su doctrina; admiraremos sobre manera la sabia prevision con que dispuso este suceso.

Aconteció pues, dice el Evangelio, que iba Jesus á una Ciudad llamada Naim: y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre del pueblo; y quando llegó cerca de la puerta de la Ciudad, he aquí que sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, la qual era viuda, y venia con ella mucha gente de la Ciudad. Qualquiera que fuese ménos compasivo que Jesu-Christo, no hubiera fixado su aten-

cion sobre este espectáculo; pero siendo tan sensible por naturaleza á todos nuestros males, inmediatamente nos consuela y nos remedia. Hoy por tanto quiere dar pruebas de su sensibilidad enxugando las lágrimas de una viuda afligida, y restituyendo la vida al hijo que llora perdido; pero antes de tratar de la naturaleza del milagro, detengamonos un poco en sus circunstancias.

Consideremos en primer lugar que este difunto era un jóven, que por el orden de la naturaleza no debia morir tan pronto. El Evangelio no se explica acerca de la clase y duracion de su enfermedad; pero la grande afliccion que manifiesta su madre, nos da una idea de que no habia sido muy larga, porque sin duda no estaba preparada para este triste suceso. ¿Pero no vemos todos los dias muchas personas sanas y robustas, que sin enfermedad ni causa conocida mueren de repente? ¿Acaso la robustez y la lozanía de la juventud son presagios seguros de una larga vida? Quando se nos cuenta un suceso de esta naturaleza, temblamos dentro de nosotros mis-

mos; ¿pero reformamos por ventura nuestra vida? ¿Nos preparamos para la muerte con las buenas obras? ¿Tomamos las precauciones necesarias, y nos hacemos mas vigilantes para precaver esta sorpresa? Este hombre era jóven, advertencia saludable para todos los que se confian demasiado en su edad y en su salud; pero tambien era hijo único de una viuda, y esta circunstancia interesaba todo su amor.

El dolor de esta muger hubiera sido sin duda ménos vivo, si despues de haber hecho á su hijo las últimas exequias, hubiera encontrado al volver á su casa otros hijos capaces de recompensarla de la pérdida; pero muerto éste, ¿quién podrá enxugar sus lágrimas y consolarla? A esta circunstancia tan lastimosa se juntaba la de ser viuda. Dios al quitarla su marido habia llenado su corazon de amargura; pero la dexaba en su hijo un apoyo de su vejez. Ahora que tambien le falta este apoyo, ¿quál será su recurso en adelante? Ella pues carece de todo consuelo. La desesperacion y el dolor en una desgracia semejante parece que debian llenar los días de su vida; y la

muerte seria sobre todo el remedio mas dulce y apetecible en tan triste situacion. No pensais vosotros, hermanos míos, de esta manera en semejantes trabajos. Si Dios por sus altos designios os quita los bienes, la fortuna, los hijos, y arranca de entre vosotros los objetos mas amados, ¿no prorumpis en ayes lastimosos, no rehusais todos los consuelos que os ofrece la religion, no insultais la Providencia con murmuraciones escandalosas? Es verdad que hay trabajos y aflicciones en la vida capaces de consternar el alma mas fuerte; pero Christianos, el mal uso que haceis de estos trabajos es sin duda la causa de que os falten los verdaderos consuelos. No quereis conocer que la mano poderosa de Dios es la que os affige, y miéntras que buscáis recursos mundanos, dexais de acudir á su misericordia. Los consuelos de los hombres solo pueden mitigar el dolor por un tiempo; pero quando volveis á la soledad, y entraís dentro de vosotros mismos, os atormenta la imaginacion, trayéndoos á la memoria mil ideas que vuelven á constituir vuestro corazon en la mayor amargura. Así lo experimenta la viuda

de que nos habla hoy el Evangelio. Es cierto que venia con ella mucha gente de la Ciudad para consolarla en su afliccion; pero ¿no servia mas bien este numeroso acompañamiento para recordarle su pérdida? ¿No hubiera vuelto á su casa con los mismos sentimientos, si Jesu-Christo, luego que la vió, no se hubiera movido de misericordia?

Los consuelos humanos, hermanos míos, son impotentes y muy débiles quando se comparan con los que nos ofrece la religion. Unas criaturas sujetas á los mismos trabajos podrán muy bien compadecerlos; pero esta compasion será siempre estéril, ó porque ignoran los medios de aliviarlos, ó porque son incapaces de ponerlos por obra. Y sino, decidme, ¿habeis experimentado alguna vez un consuelo sólido? Pero ya que tan impotentes son las criaturas, acostumbraos á reconocer la mano de Dios, volveos á Jesu-Christo, y entonces conseguireis la ventaja, ó de abreviar y dulcificar vuestras penas, ó de hacerlas útiles con la paciencia y la resignacion. Así lo experimenta la viuda de nuestro Evangelio. Jesu-Christo la vé, la com-

padece, y la dice, no llores. En estas palabras no condena sus lágrimas, porque sabe que hay circunstancias en que son legítimas, y la religion misma permite á las almas piadosas que desahoguen algun tanto su dolor; pero observad, hermanos míos, que para que sean dignas de un Christiano, la causa debe ser justa, y que deben tener sus limites; es decir, que despues de haber concedido á la naturaleza lo que ella exige, teneis obligacion estrecha de hacer á Dios el sacrificio perfecto de vuestra obediencia.

Jesu-Christo se acercó, y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Empezemos pues á considerar en este jóven un pecador reducido por sus pecados á la muerte espiritual, y siguiendo nuestro Evangelio, veamos las disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á la conversion para que sea útil. Ante todas cosas es preciso tocar el féretro de vuestro corazon, porque mientras vivais en la iniquidad, no llevareis dentro de vosotros sino la corrupcion y podredumbre, y exhalareis un olor de muerte, capaz de infestar á todos los

que os acompañan. ¿Pero quién ha de tocar este féretro? Solo Dios, hermanos míos. Jesu-Christo y su gracia tienen exclusivamente este poder; á ellos les toca siempre empezar la obra de nuestra santificación, y si contando con vuestras propias fuerzas, esperáis convertirnos y mudaros, sereis ciertamente unos insensatos.

Luego que Jesu-Christo tocó el féretro, se pararon los que lo llevaban, y el Evangelio nota, que no fué necesario que se lo mandasen. He aquí una lección importante que conviene tener siempre en la memoria. Quando la gracia de Jesu-Christo os toca, es necesario suspender el curso de las pasiones que os arrastran al camino de la perdición. Esto es lo que falta á la mayor parte de las conversiones, y por esto abortan casi todos los proyectos de los pecadores. Nada importa que con ocasion de un sermón, de una festividad, de una enfermedad peligrosa, y de un suceso trágico, lloreis vuestro estado, y forméis planes de penitencia, si quando se han de reducir á execucion, y domar vuestras inclinaciones imperiosas, se desvanecen

todos los proyectos y se disipan los deseos de conversion, temiendo privaros del goze de los placeres. Esta es la causa porque los Ministros de la penitencia suspenden algunas veces la absolucion á los pecadores. Es verdad que soleis hacer una confesion exácta y bastante circunstanciada; pero sin embargo no podemos restituíros el depósito precioso de la inocencia y de la gracia que habeis perdido, miéntras no tengamos un seguro de que habeis roto con las ocasiones que os conducian al mal, reformado las costumbres, y reprimido las inclinaciones. En fin para recibir la absolucion, no solo se requiere, como tengo dicho otra vez, que la confesion sea ingenua, y que se deteste el pecado, sino que haya toda la seguridad necesaria de que se han arrancado sus raices, y que habeis quitado del medio todas las ocasiones.

Mancebo, á tí te digo, levántate, dixo Jesu-Christo, y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. La primera circunstancia era sin duda bastante poderosa para probar su resurreccion; pero Jesu-Christo no se contenta con este testimonio, sino

que espera que empieze á hablar para volversele á su madre. El pecado, hermanos míos, nos quita todo movimiento para la virtud, y nos reduce al silencio mas peligroso y criminal; y por tanto la conversion debe producir dos efectos contrarios, sin los cuales me parece incierta y dudosa: es decir, que el pecador debe recobrar la facilidad de hablar y la de obrar. Para que la conversion sea pues perfecta, se requieren pruebas y demostraciones sensibles. Decir que se aborrece el pecado, y no manifestar mas solicitud para cumplir las obligaciones de la religion, y no hablar un lenguaje mas edificante y mas santo; es decir, que no puede contarse con una verdadera reconciliacion. Los mayores pecadores han sentido quando mas engolfados estaban en sus pecados algunos buenos deseos y sentimientos saludables; pero todo esto no ha producido efecto alguno. Vosotros mismos habeis empezado á combatir algunas inclinaciones y á romper con las malas costumbres; pero sin embargo habeis flaqueado en la carrera de la virtud. Esta es la causa porque los Ministros prudentes y zelosos

difieren algunas veces la absolucion; y si alguno demasiado indulgente, os dixese las mismas palabras que Jesu-Christo á este mancebo, no por eso podriais contar con vuestra resurreccion, porque careciais de las pruebas que son indispensables. No sucede así con este mancebo: á la voz de Jesu-Christo se sienta, comienza á hablar, y manifestando de esta manera que su resurreccion no es aparente y dudosa, se lo volvió este Divino Señor á su madre para que enxugase sus lágrimas y mitigase su dolor.

¡Qué consuelo para la Iglesia de Jesu-Christo, si siempre que la volvemos alguno de sus hijos, pudiésemos asegurarla que no caeria otra vez en el pecado! Ella, hermanos míos, es una madre á quien convienen admirablemente todas las circunstancias que caracterizan la de nuestro Evangelio. Todos los dias ve que se forman en su seno un gran número de hijos, pero á todos los considera como un hijo único, porque no son mas que uno en Jesu-Christo: ella los ama con el amor mas tierno, y de aquí proceden sus secretas aflicciones quando parece algu-

no por el pecado: ella como la viuda del Evangelio los sigue hasta el sepulcro; es decir, que aunque esten cerca de su reprobacion, y endurecidos hasta el extremo en el mal, no los dexa, ni los abandona sino quando ya no pueden trabajar, ni obrar por su salvacion. Es verdad que algunos resucitan verdaderamente, y que entónces se llena de alegría para celebrar su resurreccion; pero para uno que Jesu-Christo toque y resucite, ¿no mueren muchos en la impenitencia final? Hermanos míos, reflexionad por un momento esta verdad. ¿Quereis dar á la Iglesia vuestra madre el espectáculo doloroso de morir en el pecado? ¡Ah, quantos entre los que me escuchan, se hallan en el estado funesto en que nos pinta hoy el Evangelio á este jóven; es decir, muertos hace mucho tiempo á la gracia, arrastrados por sus malos hábitos é inclinaciones ácia el abismo del infierno, que les servirá de sepulcro, y á punto quizá de permanecer eternamente en la corrupcion! Este mancebo dentro de poco quizá no hubiera oido la voz de Jesu-Christo, y aunque este Divino Salva-

dor era tan poderoso para llamarle, y restituírle á la vida, como lo hizo con Lázaro; no lo hubiera conseguido, si la casualidad no le hubiera presentado al paso.

Hoy pues que Jesu-Christo os toca y os llama, levantaos inmediatamente; romped las ligaduras del pecado; exhalad un olor de vida; consolad á la Iglesia vuestra madre con una conducta edificante y christiana, y sobre todo comenzad á hablar. ¿Pero qué palabras debe esperar Jesu-Christo, hermanos míos, de vosotros? Las de la virtud y de la piedad sostenidas con las buenas obras. Quando se vive de un modo irreprehensible, se habla siempre con eficacia: el exemplo y las conversaciones de un pecador, que conociendo su mal estado ha correspondido á la gracia que le llama, son las instrucciones mas sólidas y la mas persuasivas. Si el mal exemplo tiene tanta fuerza para persuadir y arrastrar á los incautos, ¿de qué peso no debe ser la union de una vida santa con un lenguaje edificante, y sobre todo la de un pecador tan escandaloso ántes por sus discursos como por sus

obras? Sí, hermanos míos, digan lo que quieran los libertinos contra la virtud, no importa que trabajen para eclipsarla; ellos callan á su vista, y la respetan sin amarla; y la presencia de un hombre cómplice en otro tiempo de sus desórdenes, pero convertido despues por la gracia, y hecho sabio y virtuoso por principios, es para ellos el cargo mas humillante y doloroso.

En una palabra, todos los dias vemos en el mundo lo que aconteció con ocasion del milagro que nos refiere el Evangelio. La madre consolada, y el hijo resucitado, no fuéron los únicos que manifestáron á Jesu-Christo su reconocimiento; pero el Evangelio no expresa por menor los sentimientos de nuestro Salvador, con el fin de fixar mas nuestra consideracion sobre los efectos que produjo el milagro en todo el pueblo.

He aquí como se explica el Evangelista para darnos alguna idea de este suceso. Tuviéron todos grande miedo, y glorificaban á Dios diciendo: un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. Pero por qué causa es el temor el primer

movimiento que les sorprende en un tiempo en que Jesu-Christo les ofrece el motivo mas poderoso de la confianza mas perfecta? Ah, hermanos míos, el temor es el que ordinariamente nos conduce á la confianza y al amor. La confianza es indiscreta y presuntuosa quando no se modera por un temor saludable. ¿No veis todos los dias muchos pecadores que esperan, que no hablan sino de misericordia, que reclaman sin cesar la indulgencia de su Dios, que cuentan imprudentemente con su bondad y su clemencia, y que á pesar de todos estos sentimientos viven sumergidos en el crimen, y al cabo mueren en la impenitencia?

El infierno está lleno de buenos deseos, dice San Bernardo, inspirados por la confianza; pero aquellos Christianos que saben unir el temor con el amor; que trabajan para obrar su salvacion con temblor y con seguridad; que se acostumbran á mirar á Dios en todas sus acciones como un juez inexorable, que debe pesar las menores infidelidades en el peso de su Santuario, y al mismo tiempo como un Padre tierno y misericordioso que no quiere de nin-

gun modo la muerte de sus hijos; y sobre todo que no separan lo que deben á su justicia, de lo que deben á su misericordia, edifican sobre un cimiento sólido, se ponen al abrigo de la presuncion, concilian la humildad con el reconocimiento, y glorifican á Dios, como este pueblo.

Para obrar la santificacion es indispensable la reunion del temor y de la confianza; pero por desgracia estas dos circunstancias tan esenciales estan casi siempre separadas de los pecadores. Los unos entregados á un temor excesivo, casi nunca hacen el bien, porque se espantan de todo; las grandes verdades de la religion los tienen fuera de sí, y semejantes á ese pueblo que rehusaba caminar á la conquista de la tierra prometida, por estar persuadido que habia de pelear con gigantes; no quieren que se les hable ni de la enormidad de sus pecados, porque su imaginacion se los aumenta, ni de la necesidad de la penitencia, porque estan sobrecogidos y desalentados. No por esto quiero, hermanos míos, reprobar todo temor, y familiarizaros con los juicios del Señor:

temedle; pero que sea detestando y huyendo del pecado. Este es el consejo que os da el Profeta, y el único efecto que debe producir en vuestros corazones el temor.

Otros Christianos viven siempre tranquilos, y á pesar de todas nuestras diligencias no se inquietan, ni se alteran. Las verdades mas sensibles, y los anatemas mas fuertes son para ellos piadosas hiperboles, inventadas para intimidar los espíritus débiles. Dios no nos ha criado, dicen estos locos é insensatos, para perdersos. Este es el principio de su confianza y de su tranquilidad en medio de sus desórdenes.

No quiera Dios, hermanos míos, que yo intente poner límites á su misericordia: confiad en él, pero no, dice el Profeta, con una confianza estéril é infructuosa. Esperad en Dios, y obrad el bien, y entónces habreis cumplido sus mandamientos. Considerad por tanto, que pecais igualmente contra Dios, si os abandonais á un temor excesivo, ó á una confianza ciega. La primera de estas disposiciones hace injuria á su misericordia, y la segunda ultraja su justicia: temerle sin esperar, es crear-